

Una fe sentida

Vivimos el mundo del presente, mejor, del momento. Todo es fugaz, rápido, instantáneo. Dejamos a un lado los principios y nos quedamos con las meras sensaciones, la visión pasajera, un flash interminable de imágenes que atiborran nuestra mente de fantasmas. Es lo que estamos llamando con propiedad, una “sociedad líquida”, superficial, efímera, bipolar. Y esto nos puede dejar en brazos de una humanidad como anteproyecto, casi en borrador.

El Jesús histórico convivió con sus discípulos en una escuela de profundas convicciones, de relaciones humanas serias, con una visión de historia en proyección. No le fue fácil al Maestro. Había que contar con personalidades a filo de bronce, terquedades incrustadas y una mentalidad anclada en un pasado efímero. Poco a poco los fue formando en una pedagogía de auténtica comprensión y tolerancia.

Pasamos la página y nos encontramos con el Cristo de la Resurrección. Este primer momento no fue fácil tampoco. Al principio solo vieron fantasmas. Era necesario sentir, palpar la hondura de los clavos, la anchura del constado roto y doblegar la mente a nueva realidad, deslumbrante en sí, pero anunciada y ahora celebrada. Había que superar el desconcierto: Jesús estaba VIVO. Y esto rompía todos sus esquemas.

En el primer encuentro del Jesús resucitado con sus Apóstoles, faltó uno. No sabemos si había roto con su comunidad o se había decepcionado de su Maestro. Ambas hipótesis caben en Tomás. Es un hombre frío, pragmático, sin escrúpulos, características todas del hombre posmoderno. Por eso su acto de fe es la radiografía perfecta de nuestra fe, necesitada de ser tocada y sentida, palpada y gozosamente deleitada en la visión y contemplación.

Cochabamba 24.04.22

jesus e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com